

## SOBRE LA SINGULARIDAD DE SALVADOR RUEDA

Con la referencia taxativamente emblemática a dos aves —dos aves desde luego fastuosas, escogidas por eso mismo—, se enfrentó un día Salvador Rueda con Rubén Darío, a efectos de un interesado paralelismo literario. Se trata de un soneto, destinado como prólogo a no sé qué libro, para un poeta modernista, el cual, al parecer, pretendía asumir las mejores gracias, o galas, del andaluz y del nicaragüense. En aquel poema, Salvador Rueda cuida de destacar, tanto como de precisar, su propia significación estética, relacionándola con la de Rubén. No para menguar la de éste, pero sí —eso se ve a las claras— para que no se mengüe la suya. No creo interese ahora la intención última, el móvil íntimo, del soneto de Rueda, aunque resulte fácil adivinar la actitud que determina la parte anecdótica del caso. En cambio, encuentro sugestivo lo que en él hay de intento de caracterización de la poesía de Rueda, por comparanza a la de Rubén.

Rueda, señalando sin duda inconscientemente un rasgo que le separa de una de las insistencias modernistas, esto es, el culto entre erótico y melancólico al cisne, Rueda, digo, busca su tótem literario en otra ave brillante: el pavo real. Y dice, dirigiéndose al poeta prologado:

*La voz de toda América le pides a Darío,  
la voz de toda España le pides a mi acento,  
al cisne desplegando las alas en el viento,  
y al pavo real abriendo la cola como un río.*

Con ambas aves como signo de los dos maestros, el poeta que les invoca formará «un áureo escudo de gloria». Salvador Rueda matiza en seguida el sentido simbólico que les atribuye:

*en que deslíe el cisne su blando movimiento  
y en que la cola estalle de rosas y de brío.*

Y termina con una nueva, definitiva alusión a Rubén:

*él tañerá su lira, yo tocaré mi trompa.*

Dejando, pues, de lado la manifiesta pretensión de Rueda de reservarse el magisterio del modernismo español —«la voz de toda España le pides a mi acento»—, al mismo tiempo que confina el de Darío a su tierra nativa, me parece que el contraste del cisne con el pavo real tiene un alcance notorio de clave deliberadamente expresiva, en cuanto implica una delimitación rotunda de la tónica dominante en los dos poetas. Ignoro la fecha del soneto que cito —y que se titula *Arco de triunfo*—: pero los versos reportados aquí son válidos, con validez genérica, para toda la poesía de Rubén como para toda la de Rueda. No dudo que se pueda identificar en ellas momentos que los contradigan. De todos modos, repito, valen. Rubén, fiel al cisne, es definido, como el cisne, por «su blando movimiento»: movimiento, además —y subrayo el verbo por su sintomática agudeza—, que se «deslíe». A esa delicadeza fugaz corresponde otra retórica calificación: la lira, que Rubén tañe. Rueda se atribuye la trompa, y su animal ilustre es el pavo real, de cauda caudalosa, espléndida de colorido y de vigor.

La imagen de Rubén concuerda, efectivamente, con el Rubén tópico. El cisne lleva consigo el cliché fin-de siglo de un mundo inconcreto, con jardines lentos y ensoñados, lagos de apacible misterio y el perfume asombroso de Leda. Ciertamente Darío también vio en el cisne algo así como «lucir la esperanza para la raza»: todos convendremos en que choca, por convencional, extemporánea y boba, una tal atribución. «El cisne desplegando las alas en el viento», se desliza, silencioso, esfinge doméstica, aristocrática, hacia el reino de lo inevitablemente crepuscular. Y luego, la lira. Luego, o acompañándole. Esta lira, que Rueda confiere a Rubén, hay que entenderla, como él quiere, por oposición a la trompa: el instrumento de las discretas delicias, de aterciopelada resonancia, susceptible de un refinamiento sensual, matizado. ¿Y cómo no reconocer en él la cifra de los procedimientos rítmicos usados por Darío, sutiles a veces, sabios casi siempre, en ocasiones lindando con el juego o con el malabarismo si los contrastamos con los de Salvador Rueda? Porque, sin discrepar de la línea fundamental modernista, común a ambos poetas, el «accento» de Rueda se aparta de manera rigurosa de todo aquello que sugieren el cisne y la lira.

Sí: es indiscutible que al poeta andaluz le van mejor el pavo real

y la trompa. No excluyo —ya lo he insinuado— que en Rubén existan osados, virtuosos solos de trompa —piénsese en bastantes poemas de *Cantos de vida y esperanza*, sin ir más lejos—, y en Rueda divertimentos de lira, o por lo menos de guitarra. Un buen punto de reflexión sería, para determinar el trecho que distancia a Rueda de los demás poetas del modernismo español, el examen de sus tratos con el alejandrino. Fue el alejandrino un metro reivindicado, remozado incluso, en el castellano por los modernistas. Las manipulaciones modernistas sobre el ritmo tradicional del alejandrino, podríamos decir que pertenecen al área, a la jurisdicción de la lira. Rueda lo usó con cierta frecuencia, aunque sin preferirle. Y hasta le somete a alguna de aquellas irregularidades (como, por ejemplo, dividir por la cesura elementos de una misma unidad fónica: «la esencia, lo más hondo / del Orbe, es melodía», «la pluma, de arreboles / teñida, en que Dios toca»), que Dámaso Alonso considera típicas de la estética modernista. «Alejandrinos flotantes», los llama una vez, como nostálgico del cisne, el mismo poeta que nos ocupa.

Demasiado «flotantes» para su temperamento o para su sensibilidad intensa y un poco agreste. Lo acabo de indicar: más que la lira, la guitarra, cuando se trata del tono menor, del verso murmurado. Por eso, quizá, Rueda se entusiasma con el alejandrino de ritmo de seguidilla. Y es que, en definitiva, a pesar de ser el alejandrino un metro que, para el genio del idioma español, supone un elemento de ampulosidad —y esta es la razón, aparte la influencia francesa, o concordante con ella, por la que los modernistas lo utilizan—, Salvador Rueda lo encuentra insuficiente. Notemos que, sin desatender a los metros tradicionales, el poeta andaluz se preocupó de ensayar y cultivar otros tipos de verso todavía más propensos a la hinchazón retórica que el mismo alejandrino. Rueda buscaba la dicción elocuente, o se hallaba en ella. Nada mejor, naturalmente, para las intenciones discursivas —obvio rezago romántico— de muchos, de la mayoría de sus poemas.

En este mismo plan, prolongando las posibilidades de interpretación que abre el soneto *Arco de triunfo*, se podría apuntar al estudio de otras dos facetas de Rueda, que ofrecen —también— una clara singularidad dentro de su coincidencia inicial con los demás poetas del modernismo. Pienso, precisamente, en la afición de esta —si vale la palabra— escucla por el léxico inaudito, por la palabra de sonoridad exótica, y en el decorativismo epidérmico, colorista y barroquizante de las descripciones en que se complace su poesía. No el cisne ni la lira, pero el pavo real y la contundente trompa, pertenecen a

Rueda: no las esfumaturas, sino el trazo duro y llano; no la música «flotante», como él dice, sino el rataplán seguro de las sílabas; no la vagarosidad imaginativa, sino una coherencia concisa, con designación literal de la realidad. El modernismo de Rueda, con serlo, tiene esta peculiaridad personal. Peculiaridad que él anotó en su convincente y voluntaria determinación —¿negaríamos que arriesgándose a parecer grotesco?—: pavo real entre cisnes, trompa al lado de las lirás.

No me incumbe la aventura de averiguar las causas de todo ello. En cuanto a sus efectos, el más inmediato de los que la obra de Rueda produce —«efecto» no como consecuencia, mas como impresión— es el de no ser enteramente modernista. Muchos historiadores de la literatura española no han vacilado en situarla, más que en el pleno modernismo, en la transición previa, en la etapa de preparación, dintel casi de la nueva tendencia. En general, se le suele considerar como un precursor. Quizá —por lo menos hoy, que nos reunimos en su recuerdo —valdría la pena concederle un puesto entre los militantes, entre los ya decididos: él lo creía así. Digamos, pues, que fue modernista, pero con un matiz marginal, de pompa brusca, indígena y —confesémoslo, sin que nos sirva de disculpa— un tanto intrascendente.

JOAN FUSTER

Universidad de Valencia (España)